"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFIA, HERMETISMO, ORIENTALISMO, PSICOLOGIA, ETC.

AÑO I | SAN JOSÉ, COSTA RICA, MAYO DE 1908 | NUM. 3

De la *Revista Teosófica*, órgano de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica, reproducimos los apuntes biográficos que siguen:

El Coronel Henry Steel Olcott

Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica

(Por Mrs. Annie Bessant)

El Coronel H. S. Olcott, que acaba de morir en Adyar, Madras, donde está situado el Centro de la Sociedad Teosófica, era una personalidad bien conocida en Norte América, su país natal, mucho antes de fundar, en compañía de Mme. H. P. Blavatsky, la Sociedad Teosófica.»

«H. S. Olcott, descendía de una antigua familia puritana inglesa, de las que colonizaron hace algunas generaciones en los Estados Unidos.»

. . . .

«Nació Olcott en Orange, Estado de New Jersey, en 1832. Contaba sólo 23 años cuando por los éxitos obtenidos en su finca modelo de agricultura científica, cerca de Newark, dió lugar á que el Gobierno de Grecia le ofreciera la cátedra de agricultura en la Universidad de Atenas. El joven declinó el honor

y aquel mismo año fundó, en unión de Mr. Vail, de New Jersey, la Escuela agrícola de Westchester, cerca de Mount Vernon, Estado de New York. Esta Escuela es una de las primeras que se fundaron, y es considerada como base del presente sistema nacional de educación agrícola. Se interesó entonces Olcott en el cultivo del Sorghum, que acababa de llegar á los Estados Unidos, y publicó su primer libro «Sorgho» and Imphee. De esta obra se hicieron siete ediciones, y el Estado de Illinois la introdujo en todas las bibliotecas de sus escuelas. Este libro motivó el que le ofreciesen la dirección del Negociado de Agricultura en Washington, así como también le fueron ofrecidas la dirección de dos grandes empresas; pero declinó todas las ofertas.»

«En 1858, hizo Mr. Olcott su primer viaje á Europa, siempre en busca de mejoras para la agricultura; el informe de sus estudios fué publicado en la Enciclopedia Americana de Appleton. Reconocida su pericia, fué nombrado corresponsal americano del diario *Mark Lane Express*, (Londres) y redactor de agricultura del famoso diario *New York Tribune*. También publicó dos obras más sobre agricultura.»

«Esta fase de su vida concluyó al estallar la guerra civil americana. Su pasión por la libertad le obligó á alistarse en el ejército del Norte bajo el mando del General Burnside, hasta que habiendo caído enfermo, fué enviado á New York. Cuando recobró su salud se preparó para volver á campaña, pero el Gobierno, habiendo observado su habilidad y valor, lo comisionó para que investigase algunos fraudes, que se sospechaba tenían lugar en la Oficina de Alistamiento y Pagaduría de New York. Todos los medios fueron empleados para impedir su firme investigación, pero ni amenazas ni sobornos pudieron detener la determinación del joven oficial,



HENRY STEEL OLCOTT

en la conducción de una campaña más peligrosa que lo era la de hacer frente á las balas del enemigo. Su valor físico resaltó en la campaña con la expedición á la Carolina del Sur; pero su valor moral brilló más aún en la campaña que libró por cuatro años dentro de una tempestad de oposiciones y de calumnias, hasta lograr condenar á diez años de presidio, en Sing-Sing, á uno de los peores criminales, por lo cual recibió del Gobierno un telegrama declarándole que la condena aquella había valido tanto para el Gobierno como si hubiese ganado una batalla. El Secretario Stanton, declaró que lo había investido de autoridad ilimitada, porque no había cometido ningún error que mereciera corregirse. El Secretario Fox le escribió diciendo que deseaba darle su testimonio por el celo y fidelidad que había caracterizado su conducta bajo circunstancias muy á prueba de la integridad de un oficial. El Subsecretario de la guerra, le escribió: «Tendrá usted de sus compatriotas el respeto que es debido á los servicios prestados por usted en el desempeño del difícil y responsable cargo, del cual está Ud. al retirarse. Estos servicios están señaladamente marcados por su celo, habilidad y fidelidad al deber.» Tales palabras señalan las cualidades más características del carácter de H. S. Olcott.

«Mr. Olcott se encontraba entonces de Coronel y Comisionado Especial del Departamento de Guerra. Después de algunos años de servicio, el Secretario de Marina pidió le fueran facilitados sus servicios para que concluyese con los abusos que se cometían en los astilleros de la Marina, y fué nombrado Comisionado especial de aquel Departamento. Con firme é inagotable celo realizó su comisión; purificó el Departamento, reformó el sistema de contabilidad, y al concluir recibió el siguiente testimonio oficial: Deseo comunicarle que jamás me hallé con ningún

caballero á quien se le hayan confiado servicios tan importantes y que los haya desempeñado con más capacidad, rapidez y de un modo más digno de alabanza. Deseo, sobre todo, dar testimonio de la honradez y fuerza de carácter, que estoy seguro habrán caracterizado toda su carrera, honradez que, según lo que sé de ella, nunca fué discutida. Que haya usted escapado sin ninguna mancha en su reputación, cuando se considera la corrupción, el arrojo y el poder de los muchos villanos de alta posición á quienes usted ha perseguido y condenado, es un tributo del cual puede usted sentirse orgulloso, porque no sé de ningún hombre que en igual posición haya conseguido otro tanto.»

«Este era el hombre. Mme. Blavatsky había sido enviada por su Maestro á los Estados Unidos para encontrarlo á fin de que con ella fundara la Sociedad Teosófica, y ambos dedicaran el resto de sus vidas á organizarla por todo el mundo. Para esta obra puso en juego Olcott su inmaculada hoja de servicios públicos, su capacidad penetrante, su enorme laboriosidad y desinterés, respecto del cual declaró su colega que nunca lo vió igualado, fuera del Ashrama de sus Maestros.»

«Mme. Blavatsky lo encontró en la finca «Eddy», adonde había sido enviado por los diarios «New York Sun» y «New York Graphic», para que informase respecto de las extraordinarias manifestaciones espiritistas que allí se venían verificando. Tan valiosos fueron sus escritos, que, nada menos que siete publicistas compitieron por obtener el derecho de publicarlos en forma de libro. Los periódicos vendían cada ejemplar á un peso, y tanto fué el interés que despertaron estos escritos, que se ha dicho que dividieron la atención con la reelección del General Grant para la Presidencia.»

«Los dos valientes corazones se aliaron, y un

apretón de manos estableció la unión vital, suspendida en la tierra con el pequeño incidente de la muerte de H. P. Blavatsky, en 1891: unión que seguirá al otro lado, y á la hora del renacer continuará en este mundo.»

«El Coronel Olcott, que había renunciado su cargo en el Departamento de la Guerra y se había recibido de abogado, se hallaba ganando en su abogacía un gran sueldo por entender en casos especiales de aduana é impuestos, cuando abandonó su clientela, para ir á fundar, en el año siguiente, la Sociedad Teosófica, de la cual había sido nombrado por El Maestro, Presidente vitalicio, y el día 17 de Noviembre de 1875 pronunció en New York su discurso inaugural. Estudió con Mme. Blavatsky y tradujo al inglés el gran libro de ésta, «Isis sin Velo», una de las obras clásicas de la Sociedad.»

«En 1878 partieron los dos colegas para la India y por algún tiempo fijaron su residencia en Bombay. Estando allí el Coronel, inspiró la primera Exposición de productos indios, é incitó á los naturales á que hicieran uso de dichos productos con preferencia á los de los extranjeros. En la primera convención de la Sociedad Teosófica en la India, fué por primera vez proclamado el Swadeshismo. Una vigorosa propaganda fué entonces llevada á cabo por toda la India, y aunque hostilizada por el Gobierno, fué aclamada por las masas de Indos y Parsis.»

En 1880 tuvo lugar la revivificación Buddhista, que ahora cuenta con tres colegios y 205 escuelas, de las cuales 177 obtuvieron en este año concesiones del Gobierno, y en Junio 30 de 1906 asistían á estas escuelas 25,856 niños. Esta obra fué debida á la gran alma, energía y devoción del Coronel Olcott... Otro gran servicio al Buddhismo fué la visita que hizo al Japón en 1889, durante la cual le dirigió la palabra á 75,000 personas, logrando formular las 14

proposiciones fundamentales, que constituyen la base de unión entre las Iglesias Buddhistas del Norte y del Sur, que hacía tiempos se hallaban divididas.

En 1882, los fundadores compraron con su propio peculio la hermosa finca de Adyar, cerca de Madras, en la cual establecieron el Centro de la Sociedad Teosófica. Los trabajos hechos desde 1875 hasta 1906, pueden ser juzgados por el hecho de que, hasta el año último citado, despachó el Presidente 893 cartas para fundación de Ramas de la Sociedad por todo el mundo, la mayoría de las cuales se agruparon en 11 Secciones territoriales, quedando salteadas las restantes Ramas por los países en donde no eran suficientemente numerosas para formar con ellas una Sección. La Rama más al Norte está situada en el Círculo Artico, y la más al Sur en Dunedin, Nueva Zelanda.

Muchas dificultades afrontó este gran hombre durante los últimos 31 años. Se mantuvo inquebrantable ante el ataque de descrédito que llevó á cabo la Sociedad de Exámenes físicos, contra Mme. Blavatsky, y logró vivir lo bastante para ver al Doctor Hodgston aceptar más maravillas que las que él había denunciado. Dirigió la Sociedad durante la crisis que le quitó por algún tiempo casi toda la Sección Americana, para ver después á esa Sección aclamarlo en su país con orgullo y exaltación. Vió á su colega desaparecer y llevó con valor el peso de la obra emprendida durante otros 16 años, ayudado de Annie Besant, la discípula favorita de Madame Blavatsky...

«Por orden de su Maestro, nombró á su colega Annie Besant sucesora, para que prosiguiera llevando el peso que H. P. Blavatsky y él habían sostenido. Soportó sus largos sufrimientos con valor y paciencia, haciéndole frente á la muerte con la misma firmeza con que sostuvo la vida, y fué consolado

durante las últimas semanas de su enfermedad por la visita de los grandes Sabios Indios á quienes había dedicado su fuerza vital y devoción. Ha desaparecido de la Tierra dejando tras de sí un espléndido monumento de nobles trabajos, los cuales proseguirá en su nuevo estado, hasta que llegue el tiempo de que vuelva.»

. . . .

De entre los admirables testimonios de admiración y gratitud que se prodigaron en los funerales del Honorable Fundador de la Sociedad Teosófica por los más distinguidos representantes de razas y creencias diferentes, tomamos tan sólo algunos párrafos del discurso de su digna sucesora, la actual Presidenta Mrs. Annie Besant, que son los siguientes:

«Hermanos: No estamos aquí hoy para decirle adios á nuestro querido Presidente, pues entre un espíritu y otro no hay adios, sino para decirle adios á su vestido desechado y conducirlo á la hoguera, con cuyo acto devolveremos á los elementos aquello que les pertenece, para que la Madre Naturaleza vuelva á emplearlos en alguna nueva forma de vida y de belleza.

. . . .

Y ahora, querido amigo, nos llevamos tu cadáver:... tú no has nacido, no has muerto, eres perpetuo, eterno,... Hemos servido tu cuerpo mientras hemos podido, lo hemos cuidado y amado y ahora lo devolvemos á los elementos de donde vino. Heróico soldado de la Verdad, luchador por todo lo bueno, te deseamos luz y paz al pie de tu cuerpo inerte, y te prometemos nuestra fé. Yo seguiré con el estandarte de la Teosofía, caido de esa mano helada, y si la Sociedad confirma tu elección, seguiré por el mismo camino tuyo. Todo en el servicio de la Teosofía, de la vida á la muerte, como la serviste tú.»

«Mientras esta Sociedad exista, por los años del futuro ilimitado, vivirá tu nombre entre nosotros.»

Murió Olcott á las 7 a. m., del septimo día de la semana, el 17 de Febrero de 1907.

***

Noticia grata

Tenemos la satisfacción de anunciarles á nuestros correligionarios y amigos, que la Redacción de esta Revista ha sido altamente favorecida con el valioso concurso del distinguido literato M. Roso de Luna, entusiasta propagandista de las enseñanzas de la Teosofía. Entre las alentadoras manifestaciones de adhesión y afecto que hemos tenido el honor de recibir, referentes á Virya, tanto de esta República como del exterior, llegó á nuestras manos la inesperada carta, del mencionado señor Roso, de la cual nos atrevemos á publicar los párrafos siguientes, sin contar para ello con la debida autorización. Pero como el modo de insinuarsenos este digno compañero, proclama altamente la bondad de su alma, confiamos en que ella inclinará el platillo de la balanza en favor de la dispensa de nuestro abuso.

La carta en referencia dice así:

«Señor Don Tomás Povedano

San José de Costa Rica.

Distinguido Señor mío y colega:

Perdóneme usted que le escriba sin tener el honor de conocerle, é invocando sólo nuestras ideas teosóficas.»

«La labor que tan hermosamente realizan, creo que no es nacional, sino de Raza, de nuestra santa Raza ibero-americana.»

. . . .

«Español y amante como pocos de ese inolvidable mundo en el que tanto bueno y tanto malo hicieran mis paisanos extremeños, me creo obligado á sumarme á la labor de ustedes, con la modestia del último de los obreros, y en tal sentido me tomo la libertad de pedirles un puesto en sus filas, si creen ustedes, que mi persona ó mi pluma les pueden ser útiles en algún modo.»

«Supuesto que acepten mi ofrecimiento, les ruego me cuenten como colaborador entusiasta de su obra y de esa Revista, que le agradecería me enviasen, con instrucciones relativas al género de artículos (gratuitos siempre por supuesto,) que deseen de mí, dentro del amplio campo de nuestra Doctrina.»

«Acaso mi nombre no les sea desconocido, como redactor de *El Liberal*, *El Globo* y de varias revistas, entre ellas la nuestra de Sophia.»...

. . . .

«No le extrañará á usted mi decisión de consagrarme por entero á nuestra querida Raza: la Teosofía universal es aún demasiado para mis fuerzas.»

. . . .

«El acto que realizo no sé si considerarlo como una emigración psíquica ó como una expansión personal en aras de una idea augusta.»

«Rogándole mire con benevolencia esta sincera carta, tiene el gusto de ofrecerse de usted, como amigo y colega, S. S. S.,

Roso de Luna.»

Madrid, 26—II—1908.

Consideramos que el buen sentido de nuestros lectores hace innecesario cuanto pudiéramos decir respecto del elevado espíritu en que se inspira esta inapreciable comunicación.

*
* *

Desde el hemisferio nocturno de la Naturaleza

por Edgar Lucien Larkin,
Director del Observatorio de Lowe.

(De *El Mensajero Teosófico*).—Abril, 1908.

La mitad del excelso disco del Sol poniente se esconde entre las aguas del Oceano Pacífico, mientras que la otra mitad se posa majestuoso sobre las olas lejanas. Brillantes fajas se extienden sobre la superficie de las aguas, iluminado las crestas de las ondas con pinceladas de oro líquido. Torrentes de color chocan contra las playas, los cerros y las montañas colosales, y se despliegan magníficos todos los tonos del azul, del violeta y del púrpura. Los gigantescos picos de granito alrededor del Observatorio, durante pocos momentos se bañan en un mar cambiante de delicada luz roja y carmesí, y descienden, sobre las novecientas millas cuadradas de naranjos y limoneros de las llanuras paradisiacas que se divisan allá bajo, sombras de explendor indescriptible, que hacen inflamarse en colores brillantes el estupendo panorama. Hoy, á 25 de febrero, mientras que los Estados del Oeste, del Centro y del Sur están sumergidos por la nieve y el hielo, esta tierra espléndida, situada entre los valles colosales de la Sierra Madre y el mar, se encuentra rodeada de una atmósfera tibia, calentada por los vitales rayos del sol, y bañada por la esperanza. Y la paz, la dulce paz,—paraos un minuto y pensad en los maravillosos significados de esta palabra,—revoletea sobre la tranquila é incomparable escena. Un buque de vapor navega cerca de la línea

que se extiende desde mi vista al sol, pero el diámetro aparente del disco es mayor que la longitud del buque.

El Sol ha desaparecido; ahora se levanta sobre las Islas Filipinas, y la visión de las montañas, las planicies y el mar han cambiado por completo. Millones de naranjos y limoneros, almendros y duraznos, nogales y ciruelos, acacias y eucaliptos, se mezclan y disuelven en sombras de un verde oscuro. Las florecientes hydrangeas, los heliotropos, las rosas, en centenares de variedades, las modestas violetas, acres enteros de claveles, todas las flores van perdiendo sus tintes brillantes con la luz que se oculta. Y blancos azahares, en cantidad suficiente para adornar á todas las novias del mundo durante un siglo, exhalan su perfume á través de un bosque de verdura, inundando el aire con la propia esencia de la salud y la vida.

En los cañones gigantescos que forman los abruptos valles, ha desaparecido ya toda luz, y sus bocas parecen enormes manchas de tinta, haciendo obscuro contraste con las claras fachadas de granito y las seculares paredes de roca. El cañón que está al Este de la montaña de mi observatorio, tiene 670 pies de profundidad, y el del Oeste 1,600; después hay más á la derecha, y más á la izquierda.

Ya empieza la noche, y dominan la soledad y el silencio. Pronto la tranquilidad y la calma empiezan á ejercer su maravillosa influencia sobre los nervios y el cerebro. Antes de darse cuenta, la mente se desata en veloz carrera, y los poderes ocultos de la imaginación se ponen en intensa actividad. La negrura de las profundidades del hondo cañón, son como la obscuridad de la noche egipcia. Oh! escuchad en el silencio: fácilmente podéis imaginaros que percibís el volteo del eje majestuoso de la tierra. Lector, ¿has pasado las horas de mil noches á solas y sobre la cumbre de elevada montaña? Si nó, ninguna palabra de nuestro idioma puede llevar mi impresión á tu mente.

Sobre las movibles olas fulgura el planeta Venus. Júpiter está alto al Este, habiendo escapado de las escopladuras de las hercúleas rocas. Sirio brilla al Sur, y Orión extiende sus manos á través del Ecuador celeste. Pero, ¿cuál es aquella luz diamantina que brilla junto al agua en el Sur misterioso? Es Canopis, la estrella más explendente de la esfera celeste. Al Este de Sirio se divisa una parte de la Vía Láctea, que con sus millones de soles rutilantes brilla de un modo glorioso, cubriendo el manto de la noche con infinidad de perlas, y hundiendo sus bordes en los

mares tropicales; y al Norte, sobre el distante horizonte, aparece la Estrella Polar.

Todo este grandioso espectáculo lo he admirado hasta ahora con mi propia vista. Ceso de escribir, entro en la gran cúpula, y me acerco al telescopio, que dirige su potente ojo hacia la Vía Láctea. El lenguaje humano, como ahora se usa, las más rebuscadas palabras, no pueden describir el asombroso espectáculo que se descubre ante nosotros. Innumerables millones de soles invisibles aparecen ante la espantada vista. Los soles se amontonan, se mezclan, forman explanadas inmensas, y todo se vuelve luces, llamaradas, resplandores, soles, en fin. Y podéis mirar una noche y otra, y un siglo, y no podréis ver todos los soles en esa admirable cinta brillante que llamamos Vía Láctea. Júpiter, también, es tan hermoso con sus fajas y sus múltiples lunas, que no puedo describirlo.

Y cuando, durante horas enteras, examino esos millones de soles, girando en las inmensidades del espacio entre miles de millones de astros, desaparece de mi imaginación hasta el más leve vestigio de aquellas supersticiones de la niñez, que cual enorme peso, me abrumaron hasta que aprendí por mí mismo lo poco que se conoce de las inmutables leyes de la Naturaleza, y esto deja mi mente libre y la despoja de aquel terrible incubo.

Ved lo que viene hacia nosotros entre esos mundos brillantes: el Eterno Progreso! Sí, el Eterno Progreso! Estas son las palabras de oro que resuenan en las montañas á media noche. Entre todos los lugares del mundo, un Observatorio astronómico en la cima de una montaña es el mejor para acercarse al «corazón de la naturaleza,» y ponerse á «tono con el Infinito.» Qué fácil es poneros en relación con la indescriptible majestad del infinito y de las cosas eternas, por medio de nuestros amigos los grandes lentes. Ellos os traen, sacándolos de profundidades inmensas, á donde no solo la mano del hombre, pero ni aun la de las más abstractas matemáticas pueden alcanzar, miriadas de rubíes, diamantes y zafiros, ocultos antes á vuestros ojos.

Y vosotros, queridos lectores, podéis acercaros á esas vidas resplandecientes, y gozar de sus sorprendentes maravillas, aun desde el centro de las ciudades ruidosas, llenas del barullo de los negocios y de las miserias de la humanidad, por medio del estudio constante y aplicación de la ¿nueva?, nó de la vieja, viejísima Ciencia Teosófica.

Pero vuestro trabajo será más difícil, más arduo y severo, que desde la cima de las montañas, en íntima comunión con las estrellas. El gran edificio blanco está lleno de costosos aparatos: telescopio, espectroscopio, polariscopio, micrómetros, lentes, prismas, microscopios y finísimos círculos de plata refinada, para medir el espacio, y el reloj sidéreo, que cuenta los segundos en sucesión interminable. Manejándolos á media noche, cuantas cosas arcanas, *esotéricas, ocultas*, se descubren. Pero en el momento que se hace un descubrimiento, se aclara el misterio, y con él, la palabra «oculto.»

Desde que empezó la historia, no ha habido un tiempo más propicio que el presente, para entrar en el fascinador laberinto, y dentro de la luminosa luz de la Teosofía. Si se mantiene el estudio, la investigación y el trabajo en intensidad siempre creciente dentro del reino de la mentalidad humana, se descubrirán poderes latentes hasta ahora del todo ignorados. Aun están por verse grandes maravillas en el reino mental. Yo recibo contínuamente cartas alentadoras de todas partes del mundo, y me asombra que tantos, de todas las razas y de todas las familias, estudien su propio pensamiento, como una vez se hizo en la antigua India Aria. La humanidad empieza á sumergirse en una ola mental. Ved su bendita cima, que se acerca á la playa llevando consigo la mente libre, la esperanza, la paz, y la fraternidad humana. Y *todo ello, saliendo de la Noche*.

Observatorio Lowe, Monte de los Ecos.

Cal, E. U., 24 de Febrero de 1908.

*
* *

Por la verdadera ciencia

Son tan extraordinarios y sorprendentes los descubrimientos científicos hechos en estos últimos tiempos, sobre todo, desde que se esparcieron por el mundo algunos de los grandes conocimientos del

saber antiguo, que abrigamos la esperanza de que en un plazo no lejano, los hombres verdaderamente amantes de la ciencia, aquéllos que están libres de todo sectarismo y en quienes el móvil de sus investigaciones es por completo desinteresado; al ver que cada nueva conquista de la ciencia, es una comprobación más de las doctrinas teosóficas, tendrán que aceptar estas enseñanzas y vendrán á proclamar con nosotros que ellas son las únicas que pueden arrojar alguna luz en el escabroso y dificilísimo problema del origen y finalidad de la existencia humana.

Con motivo de los grandes progresos á que aludimos, tan inesperados y tan rápidos que no solamente han desquiciado la fortaleza del materialismo, sino que han conmovido hasta los fundamentos de las principales ramas de la ciencia, como la Astronomía, la Física, la Química y la Biología, que al decir de los mismos partidarios del positivismo «*atraviesan desde algún tiempo á esta parte, una crisis sumamente aguda*», ha ocurrido lo que era de esperarse, que la ciencia oficial, al encontrarse rotos los diques con que pretendiera limitar la investigación, ha tenido que dar el paso adelante; y al invadir el campo de lo suprafísico, le han salido al encuentro los conocimientos positivos de pasadas civilizaciones, que antes habían sido negados rotundamente por la mayor parte de los hombres de ciencia, y que ahora éstos se han visto en la necesidad de aceptar, siquiera sea dando á los fenómenos otros nombres distintos, más ó menos raros y curiosos.

No son pocos los puntos de contacto que existen ya entre la ciencia oficial y las doctrinas teosóficas; pero por el momento nos ocuparemos sólo de uno muy importante, que es el que se refiere al origen, á la génesis de las cosas; pues en este particular hallamos en las explicaciones del materialismo cierta vaguedad, originada, sin duda, de no haberse es-

peculado lo bastante, desde el punto de vista filosófico, acerca de los últimos descubrimientos científicos y especialmente sobre los relativos á la desintegración del *átomo*; palabra ésta que, dicho sea de paso, creemos debiera sustituirse por otra más apropiada en el tecnicismo científico, ya que por su etimología está en completa contradicción con la verdad: *átomo* significa «*lo indivisible*» y expresa la última subdivisión de la materia, y, sin embargo, el *átomo* se ha dividido, se han desintegrado, ó bien, para emplear el lenguaje de Mr. Le Bon, se ha «*desmaterializado!...*»

La escuela mal llamada positivista, viene predicando en estos últimos tiempos, que el «Universo es eterno»; «que las palabras *creación* y *destrucción* se refieren á los cambios de forma y no á los de esencia, que son imposibles; que las palabras *principio* y *fin* no pueden referirse sino á las modalidades de las transformaciones materiales», etc., etc. También nos ha hablado del «paso de lo *ponderado* á lo *imponderado*», y, por fin, ha venido á dar por sentada la siguiente conclusión: «*El Universo* es todo energía, y la *materia*, es una condensación de la energía.»

Estas ideas, aparentemente son tan parecidas á las teosóficas, que juzgamos vale la pena de ver si es posible definir bien los campos, determinando con claridad cuales son las semejanzas y las diferencias principales que en este punto tienen entre sí ambas escuelas.

De las afirmaciones á que nos hemos referido, hechas por el materialismo, puede muy bien deducirse lo siguiente: Existe un mundo *ponderable* y otro *imponderable;* un mundo finito, limitado y perecedero, que es el de las formas; y otro infinito, ilimitado y eterno que es el de la Esencia, el de la energía, de cuya condensación se dice que procede la

materia. Luego, está claro que lo que se ha dado en llamar la *materia*, es simplemente la *apariencia* que toma la *energía* al condensarse, afectando la diversidad de *formas* que llenan el Universo *manifestado*, y por las cuales esa misma *energía* puede hacérsenos perceptible, impresionando nuestros sentidos físicos. Es decir, que la *materia*, la *forma* de las cosas, es en cierto modo una *ilusión*, puesto que no tiene realidad permanente como tal, sino en cuanto á la *esencia* de que se compone.

Estas son deducciones que lógicamente pueden sacarse de lo que el materialismo ha puesto en boca de uno de sus más decididos partidarios, últimamente; ideas todas que han formado siempre parte de las enseñanzas de la ciencia arcaica, como nos sería muy fácil demostrar. Y en vista de estas conclusiones, se nos ocurre ahora, como de pasada, pensar así: Si la ciencia mal llamada positivista tiene por único fin el estudio y conocimiento del lado objetivo, material ó ilusorio de las cosas, el de la *forma*, hay que convenir en que esta ciencia estará cambiando siempre á medida que cambien de apariencia ó de foma los objetos de su conocimiento, y sus medios ó instrumentos de percepción. Para que fuera ciencia *positiva*, debería dirigir sus investigaciones hacia el lado activo y positivamente real del Universo, es decir, el que hemos dado en llamar imponderable, invisible ó espiritual, que es en verdad causa del primero y el único existente por sí mismo.

Ahora bien, para que esas ideas, que suponemos ya aceptadas por el materialismo, estén más conformes con las enseñanzas de la Teosofía, es necesario que aquella escuela convenga con ésta en un punto que es esencialísimo, á saber: ¿Las cosas que existen formadas por condensaciones graduales de lo que el materialista llama la *energía*: el Universo *fenomenal*, en el que por todas partes se revelan el

orden, el equilibrio y la armonía más admirables, han venido á la existencia de un modo *fortuito, casual*, ó ha presidido el proceso de su formación una inteligencia que está latente en todo y que es una de las cualidades inherentes á esa misma energía?

Porque según consideremos esta cuestión, así serán bien distintas las consecuencias que podremos sacar.

En el primer caso, esto es, si afirmamos que del caos ha salido la harmonía y el orden; de la materia inerte ha surgido la sensibilidad, y de lo ininteligente é inconsciente proceden la inteligencia y la conciencia;—todo ello viniendo á la existencia como por encanto y *casualmente*, sin que antes existieran esas cualidades en germen, y sin una Inteligencia Suprema que guiara el proceso;—entonces lo que hacemos es proclamar el absurdo de que de la *nada* puede salir *algo*, desde luego que afirmamos que la Esencia de las cosas *puede dar aquéllo que no tiene;* y así vendríamos á coincidir forzosamente con la doctrina de la creación *ex-nihilo*, tantas veces combatida por el materialismo científico.

En el segundo caso, es decir, si convenimos con la doctrina arcaica, en que en esa Esencia que es el fundamento de todo el Universo visible é invisible, existen en estado latente, en potencia, no sólo la inteligencia y la voluntad, sino todas las infinitas cualidades y posibilidades que gradual y progresivamente se desenvuelven en el tiempo y se manifiestan objetivamente en lo que llamamos la *materia*, entonces habremos dado en tierra con algunas de las malaventuradas hipótesis á que estaba más aferrado el materialismo. Así, por ejemplo, no podría ya sostenerse bajo ningún pretexto, que la inteligencia del hombre no sea otra cosa que una secreción del cerebro; pues si convenimos en que la inteligencia es una de las cualidades inherentes á la Esencia Universal, ha de ser mucho más lógico y más racional

suponer que el cerebro humano es ni más ni menos que un instrumento adecuado y afinado para que por su medio y hasta donde lo permita su mayor ó menor grado de perfeccionamiento, se refleje un rayo de esa Inteligencia infinita. De igual manera podremos afirmar también con la antigua sabiduría, que todos los seres y todas las cosas que existen, son tanto más perfectos, cuanto más capaces son de expresar las divinas modalidades de esa Esencia espiritual, que permanece tanto más oculta y tanto más incomprensible cuanto más denso es el *velo* que la cubre!!

La Teosofía,—la doctrina arcaica,—enseña que no existe, que no puede existir más que *Un sólo fundamento esencial* de las cosas; pero dice también que para que se dé el fenómeno de la *Manifestación Universal*, es necesaria una *polarización*, es indispensable el concurso de dos Principios, opuestos, pero harmonizados entre sí, los cuales han sido preconizados siempre por el saber antiguo con muy diversos nombres, y perpetuados, consciente ó inconscientemente por todas las religiones; así como para que se manifieste la electricidad, no basta sólo este fluido, sino que se necesitan los dos polos, como es bien sabido.

Y en este sentido es en el que pudiera decirse que el lado espiritual en la Naturaleza y en el hombre, es como polo activo ó positivo del ser; mientras que el aspecto material ó físico, el cuerpo, es el polo pasivo ó negativo. El estudio sólo de este último, no puede conducirnos al conocimiento exacto de las cosas, aunque nos pasemos investigando eternamente, pues todas las conclusiones que saquemos fundadas en el aspecto transitorio de éllas, sólo serán ciertas de un modo condicional, con relación á lo que es permanente. Y que es por completo ilusorio ó transitorio nuestro concepto de las cosas materia-

les, fundado únicamente en la percepción de los sentidos, nadie podrá ponerlo en duda; pues está bastante claro que el conocimiento que tenemos del mundo que nos rodea, depende solamente de la relación que media entre las condiciones de existencia del conocedor y las de aquéllo que es objeto de su conocimiento. Así, por ejemplo: si fuera posible que en un momento dado sublimáramos toda la materia que hoy conocemos, hasta ponerla en el estado que es estudiado por la ciencia con el nombre de materia radiante, sin perder nosotros nuestra condición actual, veríamos desaparecer en aquel mismo instante para nuestros sentidos, todas las cosas que antes nos impresionaran con la apariencia de una absoluta realidad; de igual manera que si pudiéramos modificar el ritmo vibratorio de esos mismos sentidos, en más ó en menos, al momento el aspecto del mundo físico cambiaría para nosotros.

Las diversas apariencias de las cosas no dependen pues, más que de una gradación infinita de vibraciones; y así, todo aquéllo que por su ritmo vibratorio cae dentro de la esfera de percepción de nuestros sentidos materiales, decimos ahora que son nuestras realidades: lo demás, pensamos que no existe; pero tal vez tenga realidad para otros seres que pueden ser ya superiores, ó ya inferiores á nosotros.

Si el materialismo persiste en no prestarle atención nada más que á la parte *fenomenal* ó externa de la Naturaleza y del hombre, y deja de lado el estudio de su contraparte espiritual, ó sea el lado interno, que es el más importante, estamos seguros de que el fruto de sus trabajos se perderá en un mar de contradicciones y rectificaciones contínuas, corriendo tras de una sombra engañosa de la verdad, que á cada nuevo paso hacia ella se retirará otro tanto de sus frenéticos perseguidores. Y si bien por el descubrimiento de ciertas fuerzas del orden más material, podrán

hacer cada día nuevas aplicaciones prácticas, que redundarán, al parecer, en beneficio de una parte de la humanidad, proporcionándole satisfacciones y comodidades desconocidas antes para sus sentidos físicos; en cambio, y en igual cantidad, habrán conseguido aumentar las necesidades y las miserias de la otra parte: que en este mundo de lo dual y de lo contradictorio, no es posible elevar un platillo de la balanza, sin hacer que baje el opuesto, fatalmente y en la misma proporción.

Para conducir á la humanidad hacia un futuro de verdadero adelanto y bienestar, es necesario conocer perfectamente el principio en que descansa *la ley de la harmonía de los contrarios*, tal como lo conocían los iniciados de la antigüedad: sin esa clave, no podrá conquistarse la corona de los conocimientos positivos; ni los resultados de la investigación corresponderán nunca á los nobles esfuerzos y legítimas aspiraciones de los que con empeño digno de toda loa van en busca de la anhelada y perseguida verdad.

JOSÉ MONTURIOL.

⁂

HERMETISMO

«¡Cuántas veces la ciencia de los libros fué la causa de un retraso y hasta de un retroceso en la ciencia de los hechos!»

RECLUS.

Al ofrecer la publicación de estos estudios acerca del Hermetismo, luminoso manantial de la antigua sabiduría, no tuvimos la pretensión de poder descubrir á nuestros lectores los tesoros que en

él se contienen, y que por completo, sólo están al alcance de inteligencias muy superiores á las nuestras; pero habiendo tenido la oportunidad, en nuestra calidad de aprendices, de comprobar sobre qué falso concepto descansa la opinión general respecto de la Ciencia Hermética, ó de la Alquimia, ya por motivo de las equivocadas versiones lanzadas sobre dicha ciencia por sus enemigos, ó á causa del abuso que viene haciéndose en libracos de mentida ciencia mágica y en malaventurados grimorios, del sublime nombre de Hermes Trismegisto, (el tres veces grande,) hemos querido contribuír con nuestro grano de arena á la obra de reparación que con mayores probabilidades de éxito se ha emprendido en otros lugares desde hace algún tiempo, respecto de las direcciones efectivas del arte de las trasmutaciones. Pero rogándole antes encarecidamente á los que no quieran ó no puedan entendernos, en nuestro lenguaje ni en la rectitud de nuestros propósitos, que no se imaginen que aspiramos á encontrar entre retortas, alambiques y antiguos mamotretos, el *modus operandi*, por cuyo medio se alcanza la comprensión del *Archaeus*: la esencia de la vida.

La Alquimia, tal como debe ser entendida, como era entendida y practicada por sus legítimos adeptos, no se cuidaba del oro mineral sino como de cosa de orden secundario, á pesar de que lo sabía producir, si hemos de darle crédito á los valiosos informes que de ello dan testimonio. El dominio de esta ciencia alcanzaba, es verdad, al campo de la química, y al del llamado Plano Astral; pero sus grandes especulaciones tenían lugar en el laboratorio silencioso y elevado en que encuentra el hombre la manera de trasmutar la condición de esclavo de su naturaleza inferior, en dueño y señor de ella; en convertir su *Limbus*, ó cuerpo elemental, en el *Aluech* ó cuerpo espiritual. Si algunos han creído que esta

trasmutación ha de lograrse renunciando al cumplimiento de los deberes que son inherentes á la existencia, aquí en la tierra, erraron el camino por falta de intuición, ó por pretender con temerario impulso lanzarse, sin brújula, á los mares procelosos del conocimiento de la Verdad. La aspiración al goce, finalidad suprema de cierta escuela filosófica moderna, sería tan ilógica al no referirse al goce que resulta del empleo razonable, armonizado, de todas nuestras facultades, como es ilógico el sometemos á mortificaciones absurdas, que nos imposibiliten para llenar cumplidamente el papel que nos corresponde ejecutar como moléculas que somos del gran cuerpo de la Humanidad. Aquellos seres cuyo goce nace del egoismo, y no sobrepasa en su dirección al de los brutos, constituyen el elemento inferior susceptible de sufrir la *sublimación filosófica*, sin la que no han de llegar á tener conciencia del proceso que se realiza por medio de la acción del *Spiritus Mundi*, acerca del cual dice así el afamado filósofo Franz Hartmann:

«El químico puede tomar tierra, agua y aire, y separar sus elementos constituyentes, combinarlos de nuevo, y al fin de su trabajo se hallaría en el mismo estado en que empezó. Pero la Alquimia de la Naturaleza toma agua y tierra y aire, é infundiéndoles el fuego de la vida, conforma árboles que producen flores y frutos. La Naturaleza no podría proporcionar á sus hijos el principio vital si ella no lo poseyera; el químico que no domina el principio vital, no puede hacer las maravillas de la Alquimia.»

. . . .

«Los procesos de la Naturaleza son procesos alquímicos y no solamente químicos, porque sin el principio vital que obra sobre las substancias químicas de la tierra, no resultaría crecimiento alguno»...

. . . .

Refiriéndose al alma del mundo, *Espíritu de luz*, dice así:

«Toda cosa originada por el *Espíritu de luz*, está sostenida por él, (como semilla) y por eso ese Espíritu es omnipresente: toda la Naturaleza sería aniquilada y desaparecería si por un solo momento se le separa; es el *Principium* de todas las cosas.»

«Existieron verdaderos alquimistas durante la Edad Media, que sabían extraer aquella *semilla* de la esencia del mundo, y en el día existen también algunos que tienen el poder de realizar tal proceso, etc.»

Como se vé, tenemos verdaderas autoridades científicas que corroboran nuestros puntos de vista respecto del Hermetismo, y amparados por el prestigio que ellas nos proporcionan y por la fe de nuestra conciencia, continuamos.

Hermes, que en el antiguo Egipto se llamaba Tauth, no era en el sentir de Champollión Filleat alguna entidad aislada, sino la síntesis ostensible de la sabiduría. Los libros de Hermes, según referencias de Jámblico y Manethon, pasaban de veinte mil, de entre los cuales sobresalían los que trataban de la Naturaleza y sus leyes, de la gerarquía y el culto de los dioses, los de historia, y algunos otros más; dato que es suficiente para demostrar la imposibilidad de que fueran la obra de un solo hombre. De entre tan gran número de obras, eran algunas objeto de veneración, generalmente las más antiguas, porque en ellas se contenían los preceptos divinos, los cuales solían ser trazados en signos hieráticos ó en caracteres simbólicos. Sus sabios intérpretes leían diariamente algunos capítulos de los mismos á los soberanos y al pueblo, en tanto que, en las grandes fiestas públicas y en los festejos familiares se celebraban los misterios de Isis entre inspira-

dos acordes y sentidos himnos de lírica poesía.

Actualmente se relaciona, por antonomasia, el nombre de Hermes más bien que con la sabiduría oculta—considerada vulgarmente hasta hace poco como un mito—con lo que está bien defendido de la curiosidad y de ciertas influencias externas, como se deduce claramente de la locución vulgar, «herméticamente cerrado.»

Pues bien, el primer Hermes, el tres veces grande, llamado también Hermes celeste, era la expresión ostensible—antropomorfizada para el concepto popular—de la Inteligencia Suprema que existe en lo invisible, y el segundo Hermes Thoth, la encarnación del primero.

Los misteriosos escritos del Hermes celeste, sus obras sagradas y divinos geroglíficos, constituían la primitiva ciencia hermética, en la cual estaba contenido el conocimiento del origen de las cosas, el de la esencia del principio que las anima. Pero dichos escritos se mantuvieron ocultos, hasta tanto que el Demiurgo puso á la humanidad en condiciones de poderlos recibir.

Isis, Osiris, estas representaciones del poder divino, se suponía que se hallaban asociadas al segundo Hermes, su consejero, el cual era calificado en los sagrados libros, de Padre y director de todas las cosas, y autor de todas las obras. Los egipcios creían deberle sus instituciones sociales, y Osiris le llamaba «Alma de mi alma é inteligencia de mi inteligencia.»

Bien se nos alcanza la prevención con que algunos de nuestros lectores han de juzgar de estas ciencias, en las que dioses, sacerdocios y misterios, intervenían en primer término; pero esa objeción carece de fundamento cuando se sabe que con excepción de las muchedumbres, incapaces siempre de penetrar en lo abstracto del saber, nadie ignoraba

que aquellos dioses, inteligencias energías cósmicas eran meros símbolos, y que el misterio desaparecía cuando era sometido al disolvente de la luz del conocimiento, y que los sacerdocios estaban en posesión efectiva de dicha luz. Cuando ella se les fué extinguiendo entre sus manos, entonces volvió Hermes (¿la ciencia oculta?) á recoger el sagrado depósito para colocarlo bajo la salvaguardia de sus más celosos servidores, quienes lo han venido trasmitiendo de unos en otros por la iniciación.

Este proceso de decadencia es inherente á las religiones de igual manera que á todo orden de cosas, y los sabios iniciados del Egipto, cuando vieron aproximarse la declinación del espíritu filosófico de su pueblo, con profética inspiración, pusieron en boca del Grande Hermes la siguiente sentencia: «¡Oh Egipto, Egipto! llegará un tiempo en que, en lugar de una religión pura y de un culto puro no conservarás tú otra cosa que fábulas ridículas, increibles para la posteridad, y en que sólo te restarán palabras grabadas en piedra, únicos monumentos testigos de tu piedad.» Ya, en confirmación de tan profético aviso hemos visto de qué manera se ha ido desdorando la importancia de la ciencia religiosa de aquel gran pueblo, al suponerse que en ella se le prestaba adoración á la cebolla, al escarabajo, al gato, etc., cuando en realidad aquellos seres no eran otra cosa para las clases ilustradas que meros símbolos animados de las leyes del Universo, páginas vivientes y compendiosas del gran libro de la Sabiduría heredada del antiguo Hiram.

La tendencia decididamente científica y filosófica que alentaba en la religión del Egipto (de propósito no decimos religiones) puede deducirse de lo que con referencia á sus ceremonias públicas dejara escrito algunos siglos más tarde Clemente de Alejandría, que en compendio es así:

En las ceremonias religiosas del Egipto, rompía filas el cantor, el cual tenía el deber de saberse de memoria el contenido de dos libros de Hermes: el uno escrito en honor de los dioses, y el otro estableciendo reglas de vida para los reyes. Seguía al cantor el Oróscopo, obligado á «retener siempre en su espíritu» los cuatro libros que trataban de los astros, uno de los errantes, otro de la conjunción del sol y de la luna, y los últimos, de sus respectivas elevaciones. El Hierogrammata, que proseguía la marcha, era el intérpetre de los geroglíficos y de los libros antiguos que comprendían la cosmografía del Egipto, el curso del Nilo y sus fenómenos, el estado y las posesiones de los templos que de ellos dependían, sus medidas, etc. Seguía el Estolista conduciendo el código, el emblema de la justicia y el vaso de las purificaciones; este funcionario sabía todo lo concerniente al arte de marcar con el sello sagrado á las jóvenes víctimas, y conocía diez libros relacionados con el culto. Cerraba la marcha el profeta, conductor del sello sagrado, el cual debía conocer también otros diez libros, en los cuales se hallaba contenido todo lo concerniente á la administración del estado y de la ciudad, á las reglas del orden sacerdotal, á los dioses, etc. Con las obras citadas y otras que eran estudiadas por los pastóforos relativas á la constitución del cuerpo humano, de sus enfermedades, y del arte de curarlas, se reunían cuarenta y dos libros, denominados sacerdotales, y en treinta y seis de los mismos se hallaba contenida la filosofía del Egipto. Cuanto se relacionaba con ella, la ética, el culto, las ciencias físicas y suprafísicas, el arte, todo, sin excepción, culminando en el conocimiento de la Magia divina,—tan calumniada como torpemente entendida por muchos en la actualidad,—todo, repito, se encaminaba á perpetuar el conocimiento, relaciones y origen de las

cosas y concurría en maravillosa concordancia, en perfecto engranaje, á favorecer el desenvolvimiento de las elevadas cualidades que son inherentes á nuestra naturaleza humana, cualidades obscurecidas ahora para tantos entendimientos como son los que se hallan entorpecidos y ofuscados por la viva luz que riela y resplandece invencible de nuevo, como faro salvador y divino, desde las alturas del cielo oriental.

Las enseñanzas herméticamente cerradas entre los velos del simbolismo van actualmente penetrando en el medio ambiente que nos rodea, y mediante su influjo, llegará un día en que el escepticismo caiga de su pedestal y con él los errores y las limitaciones que han venido durante tantos siglos haciendo un infierno de la tierra.

Así como cuando llega para el Universo una de sus noches, son recogidos los gérmenes de todos los seres en el seno misterioso del Caos, (en el seno virginal de Deba Matri), en espera de que la alada y blanca mensajera traiga el anuncio del despertar de un nuevo día; así también las grandes verdades de la Ciencia quedan herméticamente ocultas durante los largos períodos de oscuración espiritual, bajo el velo de las tradiciones, el simbolismo y el lenguaje geroglífico, esperando el *fiat*, para en la medida de lo posible, darse nuevamente á la luz.

Las tinieblas primitivas eran representadas en Egipto por Bouto, la Gran diosa, madre de los dioses, la compañera del Gran Ser primordial, Amon-Ra. Este principio generador activo del Universo, y el principio generador pasivo de la Naturaleza entera, considerados como unidad bajo el nombre de Neith, expresaban, según Plutarco, el concepto siguiente: «*Yo soy venido de mí mismo*». La mayor parte de los mitos de la Teogonía egipcia, eran, como éste, la expresión compendiosa de grandes cono-

cimientos de las leyes cósmicas. La pretensión de explicar su sentido por los medios ordinarios del conocimiento; el localismo egipcio cambiando los nombres de los dioses; la fantasía pervirtiendo las enseñanzas fundamentales de la ciencia, y el materialismo negándola, han ido llevando la confusión al campo del Hermetismo, para los no iniciados en sus verdades, idénticas á las de la Teosofía, puesto que proceden de la misma raíz. Esta confusión, tenemos poderosos motivos para afirmar que irá ya rápidamente desapareciendo, gracias al concurso de estudios menos parciales que los llevados á efecto hasta hace poco; al auxilio de importantes descubrimientos, y al permiso obtenido de levantar hasta cierto punto el velo de Isis.

Vamos tocando al límite que nos habíamos propuesto alcanzar con el presente artículo, reducido á indicar, como decíamos al principio del mismo, que la Ciencia Hermética, que la Alquimia, no era esa cosa fantástica, enrevesada y nimia, que se imagina el que no la conoce más que por el concepto que de ella ha venido formándose el vulgo. Si tenemos ó no razón, pueden probarlo dedicándose á estudiarla y buscando pacientemente, todos aquellos que sean más amantes de la Verdad, que de sostener sus acariciados prejuicios. No se dijo sin razón: «Buscad y encontraréis»... Pero antes de que nos sea permitido volver sobre este tema del Hermetismo, tan difícil á causa de su magnitud, de las limitaciones que impone su divulgación, y de la insuficiencia de nuestros conocimientos, cúmplenos llamar la atención respecto del hecho, tan significativo como real, de que al mismo tiempo que las ideas teosóficas se han extendido por todos los pueblos con impulso y actividad sin ejemplo, abriendo admirables horizontes al estudio y dando solución á los más árduos problemas de la vida, se han constituído también en

París y en otros grandes centros asociaciones de hombres de ciencia, independientes y valerosos, dispuestos á reivindicar las doctrinas herméticas.

En París, como decíamos, rodeada de la estimación y del respeto, se halla establecida desde hace años la Sociedad «Alquímica de Francia,» bajo la dirección del Dr. Jolivet Castelot, la cual, según sus palabras, se propone conciliar en lo posible el Hermetismo con la ciencia materialista. «Un día—dice Castelot—se verá á la llamada química «mineral» ofrecer las síntesis de las series análogas á las de la química «orgánica» actual. La formación, la derivación, en una palabra, la evolución de los metaloides y de los metales, se estudiarán bajo la base de los torbellinos etéreos, las condensaciones poliméricas, puede ser, del hidrógeno. La química orgánica nos da una idea de lo que debe ser y será la química toda entera, puesto que está bien admitido que no hay más que una sola suerte de cuerpos químicos y que todos son orgánicos, es decir, vivientes.» Traducimos de la revista «Rosa Alquímica» el párrafo que antecede, porque él es suficiente para juzgar de las direcciones científicas de su autor. En cuanto al concepto de las *trasmutaciones*, objeto todavía de las burlas de los positivistas, como lo fué antes el magnetismo, la existencia del éter, la trasmisión del pensamiento, etc., etc. (*que hoy acepta*), dijo así el eminente Berthelot, miembro que fué también de la citada Sociedad Alquímica:

«La trasmutación de un elemento no es otra cosa que la transformación de los movimientos que responden á la existencia de este elemento y que le comunican sus propiedades particulares, mediante los movimientos específicos correspondientes á la existencia de otro elemento.»

Procede aquí consignar la siguiente declaración: No se crea que desde la Edad Media hasta nues-

tros días se rompiera la cadena formada por la Alquimia para mantener viva la chispa del amor fraternal entre todos los pueblos; instituciones seculares, conscientes ó no de ello, la han mantenido unida, en obedecimiento á la ley de que venimos haciendo mérito. Ahora que vuelve á darse á luz su existencia, ¿no correrán sus adeptos franceses y sus similares de otras naciones, el riesgo de perder la debida orientación? ¡Ojalá que el medio en que se mueven estos modernos investigadores no los desvíe del único sendero que conduce á la realización del «*Magnum opus*» donde se encuentra el «*Elíxir de Vida!...*»

Terminamos con el siguiente concepto del inspirado Dr. Franz Hartmann.

«Los sistemas en los cuales se incorporaron las antiguas verdades todavía existen, pero se han puesto las frías manos del sensualismo sobre las formas exteriores de esas verdades y de su interior el espíritu ha huído.»

. . . .

«La clave del santuario interno fué perdida por aquéllos á quienes se confió su custodia; y la verdadera palabra de seña no se ha descubierto de nuevo por los discípulos de Hiram Abiff. El problema de la esfinge de los egipcios todavía espera su solución; y no se revelará á nadie, que no se encuentre con las fuerzas suficientes para descubrirlo por sí mismo.»

TOMÁS POVEDANO

*
* *

Un caso de percepción interna

El malogrado doctor J. se moría de un sarcoma en las glándulas supra-renales. Poco tiempo antes de su muerte había llegado á un estado de caquexia extremo; pero dueño de una voluntad de acero, é iluminado con una vívida luz interna, miraba acercarse su hora postrera con una serenidad que causaba admiración y espanto.

Una noche, estando rodeado de varios de sus deudos, dijo: «Ahí viene M.»

M. era un amigo que habitaba en el Paraíso de Cartago y visitaba *raramente* la casa.

Los que rodeaban al enfermo, creyendo que deliraba, no quisieron molestarlo con preguntas; pero pocos minutos después se oyó tocar la puerta. Era M. que había venido de Cartago por el último tren y llegaba, por la noche, á preguntar por el enfermo.

Muy conocidas y honorables son las personas que presenciaron este fenómeno de percepción interna, —de visión con los ojos del alma,—ó como dirían otros: de *cerebración subconsciente*.

Enrique Jiménez Núñez.

***

Conferencia

Según se esperaba, resultó sumamente interesante la conferencia que el miércoles 29 del mes último dió en el Ateneo nuestro distinguido colega el señor don León Fernández Guardia. Con modestia recomendable, dijo que á la eminente escritora Mrs. Annie Besant se debería el mé-

rito de su trabajo, si alguno tuviese, porque todo él se fundaba en las publicaciones de aquella señora. El tema fué: «Génesis de los cuerpos simples.»

Reciba el señor conferenciante el aplauso que sinceramente le dedican sus compañeros y amigos, rogándole que persista en el camino emprendido, para bien del adelanto.

*
* *

Asuntos diversos

Hemos leído con el interés que se merece el hermoso artículo del señor R. Brenes Mesén, «Crítica y Bibliografía,» que aparece en el cuaderno número 19 de la «Colección Ariel,» y se lo recomendamos encarecidamente á nuestros lectores. No podemos prescindir de trasladar varios de sus párrafos á las columnas de VIRYA, por más que ellos pierdan mucho al ser separados del conjunto. También tomamos de «Ariel» un interesante cuentecito de Demetrio Calogerópulo, intitulado El Víajero. Algunos números de la «Colección Ariel,» publicación de tan modesta apariencia, como útil y agradable, hablan con elocuencia indiscutible del buen sentido estético y de las nobles direcciones del señor José J. García Monge, su laborioso director.

De «Crítica y Bibliografía»

«Causa más extrañeza aún al profesor Loría que el sujetivismo haya alcanzado á la Mecánica. El profesor Mach, niega la existencia distinta de los objetos y reduce los fenómenos á una suma de representaciones. Un cuerpo,—dice Mach,—no es otra cosa que un complejo de sensacionessujetivas y la masa, la materia nada otra cosa que la síntesis de una serie de sensaciones experimentadas por un individuo ó una pluralidad de individuos. La física mecánica queda sustituída por la fenomenológica. Sin embargo, Mach tiene razón. Su teoría podría considerarse—no

ya como platonismo—sino como una derivación de la doctrina de un positivista de la talla de S. Mill, que en su «Filosofía de Hamilton» y en su «Sistema de lógica» sostiene que las cosas existentes no podemos reconocerlas, sino como causas de sensación. Es la idea de Mach. En efecto, ignoramos la esencia de las cosas y para el positivismo de buena cepa demás está penetrar en la esencia de la materia. Los trabajos de Ramsay, Lord, Kelvin, Crooks, Rutherford, Perrin, Le Bon y los que siguen tendencias similares se han escapado ya del recinto trazado por el positivismo: se empeñan en descubrir la constitución íntima de la materia, los componentes del átomo, la causa al parecer primaria de la existencia de la materia, el alma universal de los alquimistas y rosacruces, la materia universal de Inb-Gebirol.

Los descubrimientos científicos, desde el año 1890 para acá han hecho var la inconsistencia de muchas teorías científicas de carácter objetivo; se ha experimentado la necesidad de virar hacia otro rumbo. Las limitaciones del positivismo comtiano son insostenibles. Si se las hubiese acatado, la Astronomía ignorara lo que hoy sabe de la química de los cuerpos celestes. Y las otras ciencias se hallan en el caso de la Astronomía.

. . . .

El inmenso valor de los razonamientos de analogía se halla justamente en eso, que nos permite remontarnos á mayor altura que la de los hechos observados.

. . . .

La desobjetivación de las ciencias no implica decadencia, es un síntoma de la profunda transformación que experimenta la metodología de las ciencias. El sujetivismo traerá esta excelente consecuencia: el estudio de los más importantes instrumentos del conocimiento, la constitución interna de la inteligencia del hombre. Cuando conozcamos cómo la mente transforma las sensaciones, cuando apreciemos la cantidad de nuestro yo que entra en cada percepción del mundo de lo externo, tendremos un poco más de confianza en ese mundo externo. Mientras tanto, las ciencias que reclamen el objetivismo puro carecerán de fundamento sólido.

El peligro de la especialización se halla en otra parte: en la falta de cultura filosófica de la mayoría de los especialistas. En tanto que ellos no se den cuenta del conjunto, continuarán prestando una importancia desme-

dida á sus pequeñas, aunque importantes conclusiones.

. . . .

Porque es un error pensar que la humanidad evolucione sola, independientemente del planeta en que habita; la evolución de la tierra y del hombre es una sóla y avanza *pari pasu* con la evolución del sistema planetario y de los sistemas del Universo. . . . .

***

«El viajero»

«La calle del Ideal está desierta. Solamente, allá, hacia el fondo se ve una casa miserable custodiada por una higuera raquítica.

—Un viajero, caminando por valles y colinas, llegó á aquella casa solitaria; viendo en la puerta á una niñita rubia de aspecto enfermizo, le preguntó:

—¿Cómo te llamas, niña mía?

—Verdad.

—¿Y por qué vives tan lejos de la ciudad?

—Porque nos han desterrado á mamá y á mí.

—¿Quién os desterró?

—La reina de aquella ciudad, la Mentira y sus hijos: Interés, Calumnia, Injusticia, Engaño y Adulación. Todos, todos se unieron contra nosotras.

—¿Y tu mamá?

—Es la viuda de lo bueno.

—¿Y se llama?

—Conciencia.

—El viajero acarició afectuosamente á la pobre niña y se despidió; volviendo las espaldas á la ciudad comenzó á alejarse.

—La niña entonces le preguntó:

—Y usted, quién es usted?

—El Deber.

Desapareció. Ningún viajero ha vuelto á encontrarlo.

***

Aclaraciones

La Teosofía postula que «de la Vida Una increada y sin forma procede el Universo de vidas.»

El apotegma de Le Bon que tanto ha dado que decir, concuerda por completo con el postulado teosófico. Véase el citado apotegma: «Nada se crea, todo se destruye.» Si este enunciado se pudiese referir al mismo principio sería un completo absurdo, porque uno de sus términos destruye al otro; falta de lógica que no puede razonablemente atribuírsele á su autor. Si lo increado pudiese ser destruído, se daría con ello la incongruencia de que lo que no tuvo principio pudiese tener fin. Resulta entonces evidente de toda evidencia, que el concepto «Nada se crea,» se refiere á la Vida Una increada y sin forma, y el de «todo se destruye» al del Universo de vidas: á todo lo *manifestado*, que habiendo tenido un principio, debe tener un fin. Pero este fin sólo afecta á las apariencias de las cosas, y no á su causa, por cuyo motivo se dice: «todo se *destruye*, y no todo se *aniquila*. Por si nuestra explicación no resultare suficientemente comprensible para todos, séanos permitido agregarle el siguiente ejemplo: Si fundimos una joya de cualquier metal que sea, la forma habrá sido destruída, pero el metal subsistirá en estado de incandescencia. Si en este estado podemos aumentar la intensidad del fuego sobre el metal líquido, hasta el punto necesario, el liquído pasará al estado gaseoso, pero en ese estado estará contenido todavía el metal. Supongamos aun que dispusiéramos de un medio suficientemente activo para que dicho gas alcanzara el estado radiante, el cuarto estado de la Materia, (ya del dominio de la ciencia.) Entonces toda apariencia de forma habría sido destruída para nuestra percepción, pero el metal considerado subsistiría en el estado etéreo, etc., etc...



A los que sistemáticamente nos combaten

¿Deberemos recordarles á estos señores que su autoritarismo respecto de las ideas agenas sobrepasa el límite del derecho que es propio de todo ser humano en los pueblos que no se hallan sometidos á la esclavitud? ¿Es que á los

que estudiamos la sublime Ciencia de la Teosofía, y á costa nuestra procuramos llevar su luz á nuestros compañeros en creencias y á los amigos por medio de la Revista VIRYA, se nos puede condenar por tansgresores de alguna conveniencia social?... ¿Obliga alguien á nuestros detractores á que lean aquello que escribimos, ni á prestar oídos á nuestras conferencias? ¡Fuera la Teosofía!... gritan con arrogancia que admira: ¿Fuera?... Tanto valdría gritárselo al aire que nos rodea. Las ideas teosóficas palpitan en el ambiente, y con nosotros y sin nosotros, con VIRYA y sin ella se han de filtrar por doquiera: por el libro, por la correspondencia particular, por el periódico, por los que viajan, por los medios visibles, y hasta por los invisibles, si fuese menester... ¿Pero es que realmente son condenables por inmorales ó erróneas las enseñanzas teosóficas? ¿Cómo y por qué? ¿En todo caso, no sería caritativo el demostrárnoslo con razonamientos desapasionados y discretos?

La Sociedad Teosófica pretende realizar el fin de establecer el núcleo de la Fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, casta ó color. Digasenos lo que haya en tal fin de censurable.

Que esta Sociedad se propone fomentar el estudio de las Religiones, Literaturas y Ciencias de los Arios y de otros pueblos orientales. ¿Hay algún mal en ello?...

¿Que trata de investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre, mediante los pocos de sus miembros que considera capacitados para poderlo hacer? ¿Y qué?...

¿Que promulga principios opuestos á los del materialismo?... Ciertamente que sí. Para ello descansa en el mismo fundamento de derecho con que promulga el materialismo su negación del Espíritu.

Por otra parte, crean los que sistemáticamente nos combaten, que si hemos lamentado su actitud (más por ellos que por los principios que sustentamos) personalmente les quedamos obligados: porque, como el demonio de la vanidad es tan sutil ó ingenioso, pudiera ponernos una venda en los ojos del discernimiento con el fin de que no echáramos cuenta en nuestra pequeñez, y es bueno que haya quien nos la recuerde de tiempo en tiempo; pero esta pequeñez, en nada afecta á la Teosofía.

*
* *

ÑO Juan el de los muertos

En las últimas estribaciones de Sierra Morena, al pie de la empinada cumbre de Monteagudo, rodeado de huertas, de sementeras y dehesas, entre barricadas naturales de grandes pedruscos azulosos que se extienden hasta algunas millas de distancia de él, se encuentra situado el Pedroso, ciudad perteneciente á la provincia de Sevilla. Con esta pintoresca población no reza aquello de «dime de que te precias y te diré de qué careces,» porque no se llega cerca de sus límites sin que se justifique por demás la razón de su nombre. Edificada en un valle irregular, sus calles llenas de socavones se retuercen, suben y bajan tortuosas, y desde los altosanos se da el no común espectáculo de contemplar á vista de pájaro, entre antiguos caserones cúpulas y campanarios, las oscuras techumbres, los patios y los corrales de las modestas, desiguales y limpias casitas de los honrados labriegos que constituyen el núcleo principal de los habitantes. No es fácil describir la fascinación arrobadora que produce en el ánimo del viajero la harmonía de color que presenta el Pedroso, visto desde una de las citadas alturas á las primeras horas del día. Cada patio remeda entonces un vistoso tapiz caprichosamente pintorreado de flores y de paños rojos, blancos y amarillos, recién sacados de la colada y colgados en los tendederos, de los cuales ascienden temblorosos, ténues vapores, que se mezclan con las perfumadas humaredas de las chimeneas; en tanto que hacendosas mujeres é inquietos chicuelos, bestias y aves, todo lo animan bullendo de acá para allá, generalmente

alegres, como las calandrias que llenan los aires con las brillantes cascadas de sus gorjeos inimitables.

Al otro lado de Monteagudo, hay una aldea,—prolongación, como si dijéramos, del Pedroso,—la cual se desparrama en filadas regulares por delante de una gran fábrica de fundición de hierro, contigua á la iglesia. En esta aldeita viven los operarios de la fábrica y sus deudos, arrullados día y noche por el tronar del bocarte, el ruído de las ruedas, los martillos y limas, y el borbotar de las turbulentas aguas del río de San Pedro, que á pocos metros de las primeras casas corre entre pintorescas alamedas. La Fábrica,—que así se llama esta aldea,—se halla como aprisionada por un círculo de montañas, algunas de las cuales son de hierro natural desde la base hasta la agreste cima, y se ecuentran coronadas de extensos pinares donde el águila anida, descendiendo de los cuales, por donde quiera que se fijan las miradas, se contemplan entre chaparros y encinas, jarales, madroñeras, adelfas y arrayanes, cambroneras y abulagas, el romero y el tomillo, como sobresalen, columpiándose magestuosos los eucaliptus y los sombríos cipreses. En las tierras de labradío que salpican los cerros, en los alcores llenos de fresca hierba, reverberan las blancas manadas de ovejas, se mueven tardas, las yuntas, y con frecuencia, entre nubes de niebla, acá y allá se destacan los enjalbegados caseríos con sus huertas de naranjos y limoneros, madreselvas y caracolas reales, y se ven trepando por los regajos, las adelfas y zarzamoras.

Este paisaje, hecho á vuela pluma, es el escenario en que tuve la ocasión de conocer á *ño* Juan el de los muertos.

¿Que quién era este siniestro personaje? Aún tardaría media hora el sol en asomar sobre las crestas de los citados montes, velados por la niebla, cuando, crujiendo la escarcha bajo sus ferrados zapatones

de baqueta le ví una mañana avanzar guiando una yunta, serio y erguido, sombrío y cabiloso. Fijaba sus negros y rasgados ojos de agareno en un punto lejano del espacio, y apenas, al reparar en mí, me miró de soslayo diciendo según es costumbre entre aquellas gentes tan nobles de carácter: ¡A la paz *é* Dios, caballero!

Yo que tenía minuciosas y verídicas referencias respecto del señor Juan, y en razón de las mismas vivos deseos de conocerle, le miré con la insistencia del que á través de la forma quisiera penetrar el *por qué* de un extraño misterio; porque un misterio,—si los hubiese,—era aquel hombre alto y enjuto, correcto de facciones, cejijunto y grave, que tenía de capataz en sus campos la Compañía minera, dueña de la Fábrica.

Y en efecto, no había persona en aquella aldeita, de cualquier clase que fuera, que no comentase como la cosa más natural é indiscutible, las cualidades singularísimas de que estaba dotado *ño* Juan, las cuales comenzaron á revelarse en él desde que era muy niño, haciéndole bien desgraciado. Referiré solamente algunas de ellas.

Cuando *ño* Juan era Juanillo, el zagál encargado de cuidar el hato y de hacer uno que otro encargo del aperador ó manijero, le ocurrió cierto día, que, cansado de oir el melancólico sonsonete de la esquila, el murmurio de un vecino arroyuelo y el contínuo balar del rebaño, y sintiéndose fatigado por el calor pungente propio de aquella zona durante la estación veraniega, hallándose echado cerca de los recios capotes de alto cuello, defensa de las escarchas, de dornajos, cantarillas de leche, de las mancuernas del aceite y el vinagre, amén de las liaras y de la bota, repleta del modesto y sano vinillo de la hoja, se fué doblando inconscientemente sobre sí nuestro buen muchacho hasta dar en el suelo con

su cuerpecillo, presa del sueño hermoso de los pocos años, á plena luz, y bajo el dosel admirable de los cielos.

A poco, los campesinos que iban llegando á preparar su desayuno y contemplaban con benevolencia á su descuidado zagál, lo ven estremecerse con violencia, y se sorprenden cuando se levanta con el aspecto de ser víctima de espantoso terror; pálido y convulso, volteando los ojos, queriendo hablar y sin poder emitir un sonido, dá por fin á correr como loco por el monte, en cuya ramazón se enreda; y ya cae, ya se levanta, cuando sus asombrados compañeros logran por fin darle alcance.

Al coordinar sus ideas, el zagal dijo entre lágrimas y sollozos, al pretender justificar su accidentada y extraña correntina y dirigiéndose al autor de sus días: ¡Padre, es que *se má parecío* muerto el indiano!... Una carcajada general y la imponente amenaza de un sendo cogotazo—que le sacó al visionario el susto del cuerpo—puso fin á la tragicomedia.

¿Y qué hubo de la muerte del Indiano, rico habitante del Pedroso, y amigo del papá de la criatura? Pues hubo, según se averiguó más tarde, que seguía gozando de perfecta salud; pero, no preocupó poca cosa á los testigos de la correntina, el ver cómo se murió el Indiano cuatro días después, y que durante ese tiempo no lograron de Juanillo, ni á tres tirones, que se acercara á cien varas siquiera de la casa de aquel que, queriendo ó sin querer, le diera tan tremendo mal rato.

Siguió creciendo el zagal hasta hacerse un hombre, y de vez en cuando era favorecido por la visita de los conocidos, amigos ó parientes suyos, que se disponían á pasar á la otra orilla, y cada vez se afligía más y más al no poder eludir tan singulares como enojosas muestras de distinción. ¿Cuál será la

causa, se decía para su capote, que dispense á las demás gentes de llevar conmigo tan pesada carga? Generalmente, con cuatro ó seis días de anticipación y en tanto qne dormía, solían aparecérsele los que durante la vigilia no tenían ni remota sospecha de su próxima partida, y lo efectuaban con tal aparato y con realidad tan viva, que su víctima, presa del terror, envuelto en el primer paño que cogía á mano, dando diente con diente, trasponía á «corre que te alcanzo» por aquellas abruptas lomas y vericuetos, hasta que agotadas sus fuerzas y aliento caía por tierra en espera de los primeros albores del día: entonces, mohino y maltrecho, esquivando ser visto, volvía al abrigo de su pobre albergue.

Tan aperreada existencia no fué óbice para que el silencioso Juan le hiciera cara á las insinuantes tretas del niño alado, y unió su destino al de una hacendosa serrana, que llena de piedad solía referir durante las veladas, y al calor de la lumbre, entre sus asombradas comadres, las siempre renovadas amarguras del ya entonces *ño* Juan.

Hallábase la serrana entregada á sus faenas caseras, cuando vió, no sin sorpresa, entrar á su hombre, ceñudo y cariacontecido, á una hora y en día desacostumbrados,—porque él solía pasar sus temporadas regulares atendiendo á los cuidados del apero;—con todo lo cual la curiosidad propia del sexo femenil ascendió al máximum, y movida por ella interrogó la mujer si él se hallaba enfermo *ú que qué era ello;* á lo cual contestó *ño* Juan, como si se le atragantasen las palabras, que no era *ná*, sino que había *venío* en atención á una *llamá* del amo, y que *mu* pronto se *golvería* al trabajo.

No se quedó la esposa muy conforme con la respuesta de su hombre, el cual parecía querer sustraer á las pesquisas de su sagaz costilla un pequeño lío que traía envuelto en su pañuelo de hierbas. ¡Pero,

cualquiera cosa se escapa á los ojos de lince de una serrana de aquéllas alturas!

¿Qué me tráes ahí? le dijo ella melosamente á su aperaor, aferrando con su diestra mano el atrayente lío, en tanto que la siniestra acariciaba el cuello de su víctima.

Es un encargo, mujer: un encargo que *jice* al *pasá po* el Pedroso.

¿Conque estuviste en el pueblo? Pero enséñame, enséñame el encargo. ¡Mare mía del Espino! una faja y una corbata negras. ¿Pero quién *sa* muerto? *Pa* quién es el luto, Juan?

¿Y qué sé yo? contestó *ño* Juan, con tono tan áspero, que la curiosidad de su mujercita se concluyó de golpe y porrazo.

Probecillo!, diría para sí: este ha visto á otro que se vá!...

Algunas horas después se esforzaban los camaradas allá en el hato, por sacar á *ño* Juan de sus sombríos reconcomios; pero inútilmente. ¿A quién se le enfría el cielo *é* la boca *ño* Juan? ¿A quién, que tanto le apena?... le preguntó un pastor.

¡No tardarás mucho en *sabelo*, *compare:* ten *pacencia* que yo la tengo también!

No concluyó la semana, cuando, pálido como un cadáver, recibía *ño* Juan la triste noticia de la muerte de su *probe* mujercita, causada por un cólico miserere. ¡Ya lo sabía y sólo por tratarse de ella *jice* el poderío de *dir* á verla por última vez! exclamó el afligido viudo poniéndose la faja y la corbata compradas en el Pedroso. ¡La *infelí*, agregó, *inoraba pa* quien *merqué* estas tristes prendas! Y se fué á la fábrica para cumplir (pero á distancia) su penoso deber.

Sería tarea enfadosa la de relatar al pormenor la serie de sucesos por el estilo que dieron lugar á que se designara á nuestro hombre con el fúnebre ape-

lativo que ya conocemos: pero no puedo ni debo pasar en silencio un suceso que hubo de acaecerle también, como consecuencia de sus acostumbradas anticipaciones en el plano de los acontecimientos futuros, el cual puso colmo á la admiración.

Fué el caso, que muy de mañana, apareció *ño* Juan amarrado á un chaparro y medio muerto, á causa de una enorme paliza que cerca de la ermita de la Virgen del Espino, patrona del Pedroso, le propinaron unos desalmados malhechores, quienes habiéndole dejado casi desnudo y sin una peseta, le robaron,—y esto era lo que él más sentía—la hermosa yunta que conducía al trabajo. ¡Cómo, con qué cara había él de presentarse al amo para darle cuenta del fracaso, él,—se decía,—que hacía poco fué expectador de la ocurrencia durante una de sus singulares ojeadas sobre el futuro; él, que presenció la fenomenal zurribanda que los pícaros ladrones le aplicaban á su pobre cuerpo, verse obligado á esperar el suceso sin protesta, en silencio aflictivo, haciéndole al mal po buena cara!... Porque,—añadía para sí,—no puede haber medio alguno que liberte al hombre de su destino.

Infelíz, torpe y obcecado que eres, ¿no comprendes, le dijo el amo (el Director de la fábrica) cuando se lo echó á la cara, que si me hubieses dado conocimiento de tu visión habría dispuesto que la guardia civil vigilara tu paso por el Espino?

—Su *mercé*, mi amo, no es quien *pa evitá* lo inevitable.

—¡Bueno, bueno, gran majadero, vete al trabajo y á ver si logras descubrir que camino tomaron los salteadores!...

*
* *

Habían ya trascurrido algunos meses desde que tan mala pasada llevara *ño* Juan, cuando por vez

primera una de sus famosas visiones le hizo sonreir. Corrió en busca del amo, y de acuerdo con ella le dijo: *Pué señó*, ya *tenemo lo bueye* en nuestro *podé*.

—¿De veras Juan? ¿Y cómo así?

—*Pué* figúrese su *mecé* que los he visto en la feria que se *jará* el mes que viene en Lora, donde los *mu pillo é* los ladrones los llevarán á *vendé*, y que la guardia *ceví mandá po usté* me los coje cuando están *jaciendo* el trato *é* venta y disponiéndose para *apañá* las pesetejas. La tienda en que ha de *ocurrí* la *catura* es la penúltima en la calle *prencipá é* la feria, allá cerca del río.

—¿Tu irás con la guardia, ¿no?

—¡Ni *pensalo tan siquiera*, mi amo! Eso no entra en la cuenta *é lo suceso!...*

—¿Y estás seguro de que no has visto visiones?

—*Señó*, dejemos que *jable* el tiempo; pero entretanto, que el manijero que conoce la yunta se prepare *pa acompañá* la guardia.

Y en efecto, el tiempo, maestro de verdades, confirmó sin perdonar detalle el suceso previsto por *ño* Juan.

La última de sus miradas al futuro, de que tuve noticia, se relacionó con el fallecimiento de un pariente político mío, con el cual me unía entrañable afecto. Era un habilísimo maestro de fundición que, cuando el fusilamiento de Torrijos dejó á Málaga decepcionado de la política, y renegando de la crueldad humana se condenó al destierro en aquel apartado rincón de la Fábrica, donde se formó una familia honorable. Ya entrado en años, y siendo muy querido de aquella colonia de honrados obreros, cuyas buenas costumbres é ideas liberales contribuyó él principalmente á formar, una pulmonía lo postró en el lecho. Entonces, algunos amigos fueron en busca de *ño* Juan, extrañando el no haberlo visto llegar al lado del enfermo, y al notar que se negaba

en redondo á cumplir con el que consideraban un deber sagrado, comprendieron que había llegado *la sin remedio:* porque el bueno del boyero que nunca era de los últimos para visitar los enfermos, antes se hubiera dejado cortar las orejas que aventurarse á entrar por las puertas de los que viera anticipadamente muertos. Y efectivamente, dos ó tres días más tarde dejó el maestro de fundición de dirigir los trabajos de sus hornos, y su cuerpo bajó á la fosa...

Suprimiendo detalles inútiles; procurando caracterizar lo mejor que pude las escenas que comprobé ó las de que fuí testigo con otras personas de las más respetables, he descrito las singulares dotes de *ño* Juan el de los muertos. Seguramente que en la Fábrica de fundición de hierro del Pedroso no faltarán evidentestes timonios de los sucesos apuntados; y tal vez exista todavía el protagonista de los mismos, que en ese caso podrá tener á esta fecha de 65 á 70 años de edad. No he descrito una leyenda fantástica, sino el compendio del lado misterioso de una existencia digna de estudio, y más valiosa para el conocimiento de las posibilidades extraordinarias latentes en el hombre, que todos los volúmenes de Psicología *anti-psicológica*, de la que con asombro de muchos, y en detrimento de la sinceridad, ahora se estila.

Tomás Povedano